

No importa por
cuánto tiempo.
LO QUE IMPORTA
es que ocurrió.

ESTRELLAS *fugaces*



ROBYN SCHNEIDER

CAPÍTULO UNO

Lane

La primera noche que pasé en el Hogar Latham yacía despierto en mi exigua y abuhardillada habitación de la cabaña 6, preguntándome cuántas personas habrían muerto entre esas cuatro paredes. Y no me lo preguntaba porque sí, ni mucho menos. Hice cuentas. Calculé las probabilidades. Y deduje una cifra: ocho. Ahora bien, reconozco que las matemáticas siempre se me han dado pésimo.

En cuarto de primaria nos sometían a exámenes cronometrados para comprobar nuestro dominio de las tablas de multiplicar. Cinco minutos por página, cincuenta operaciones en cada una y, para poder continuar, no podías fallar ni una. La maestra llevaba la cuenta de nuestros progresos en un mural rosa fiusha que estaba a la vista de todo el mundo; una carita sonriente junto a tu nombre por cada tabla que completabas. Yo veía aumentar el número de adhesivos de los demás alumnos mientras el mío permanecía atascado en la del siete. Practicaba cada noche con tarjetas de estudio, pero no me servía de nada porque mi problema no eran tanto las tablas de multiplicar como el estrés que me provocaba saber dos cosas: (1) que tenía muy poco tiempo; (2) que no podía cometer ni un solo error.

Cuando el sueño me venció por fin, soñé con casas que caían al mar y se hundían. El agua se las tragaba, pero luego volvían a emerger de las negras profundidades, podridas e impregnadas de algas, para cabalgar las olas de vuelta a la orilla, en busca de sus dueños.



Soy hijo único, así que la idea de compartir el baño me horro-
rizaba. Tanto es así que programé la alarma del despertador a
las seis en punto y luego, de madrugada, recorrí el pasillo con
mi toalla y mis utensilios mientras todos los demás seguían
durmiendo.

Qué raro es eso de bañarse calzado, estar completamente
desnudo salvo por unas chanclas. Lavarme el pelo en sandalias,
y encima hacerlo en una regadera del tamaño de una caja de
zapatos, distaba tanto de mi rutina de los lunes por la mañana
que dudaba de que alguna vez llegara a acostumbrarme.

En casa, siempre me quedaba en la cama hasta el último
minuto. Echaba mano de la primera playera limpia que encon-
traba y comía una barrita de cereales de camino a la escuela.
Escuchaba las canciones que sonaban en la radio, las que fue-
ran, no porque me gustaran sino porque las consideraba mis
cartas del tarot particulares. Si los temas eran buenos, tendría
un buen día. Si eran horribles, tendría que darme por satisfec-
cho con sacar un regular en una prueba.

Aquella mañana, en cambio, mientras me abrochaba la ca-
misa ante la ventana de mi dormitorio, me sentía una persona
totalmente distinta. Como si alguien hubiera pasado una go-

Estrellas fugaces

ma por mi vida y, en lugar de borrar el desastre, hubiera eliminado las partes que yo quería conservar.

Ahora, en vez de una novia, un perro y un coche, tenía un colchón verde pálido forrado de plástico, vista a un bosque y dolor de pecho.

Había llegado a última hora de la noche anterior. Me habían traído mis padres, él agarrando con fuerza el volante y ella mirando al frente, los tres escuchando la radio durante las seis horas que duró el viaje, con las ventanillas bajadas y sin decir ni pío. La cena se había servido hacía rato y apenas tuve tiempo de abrir la maleta antes de que apagaran las luces.

Latham no parecía real. Todavía no. Había tomado contacto con el sitio, había ido de acá para allá de puntitas, a revoluciones distintas de las del resto de los alumnos, pero aún no me había convertido en uno de ellos.

Septiembre estaba llegando a su fin, yo tenía diecisiete años, y el último año de la preparatoria proseguía a seiscientos cincuenta kilómetros de allí, sin mí. Procuré no pensar en eso mientras esperaba a mi guía a la puerta de la residencia, azotado por el helor matutino de las montañas. Procuré no pensar en nada importante porque, si lo hacía, la magnitud de lo que estaba viviendo me aplastaría, estaba seguro. Así que me dediqué a pensar en chanclas, en problemas de mate y en mi celular, que había conservado durante las escasas horas que duró el viaje pero que me fue confiscado a mi llegada.

Según el dossier informativo, “el alumno encargado de recibirte, Grant Harden, acudirá a la puerta de tu residencia a las 7:55 para desayunar contigo y acompañarte a tu primera clase”.

De modo que aguardé la llegada de Grant mientras un río de alumnos pasaba por delante de mí arrastrando los pies de camino al comedor, todos vestidos con pants y pijamas diversas, como si estuviéramos de campamento.

Grant se retrasaba, cómo no, así que permanecí allí plantado durante una eternidad, cada vez más enojado, ¿Por qué daban por supuesto que no sabría encontrar por mí mismo la ruta al comedor o al único edificio académico de Latham, que precisaba un acompañante oficial? Era absurdo.

Eché un vistazo al reloj: las ocho y nueve minutos. No sabía cuánto tiempo se podía considerar una espera prudencial, así que aguardé un rato más antes de darme por vencido y encaminarme al comedor.

No me costó demasiado encontrarlo, echar mano de una bandeja y unirme a la cola de soñolientos adolescentes. Yo tenía razón: no me hacía ninguna falta que nadie me mostrara cómo funcionaba aquello. Era una fila de cafetería común y corriente. Tomé un tazón de cereal y un cartón de leche individual, y me fijé en que este último era de la misma marca que los de mi antigua escuela, una que lleva dibujada una especie de cabeza de vaca sonriente. Qué raro que todo hubiera cambiado drásticamente pero los cartones de leche siguieran siendo los mismos.

Empujé la bandeja por delante de las fuentes de huevos, panqués y rebanadas de pan. Y entonces, cuando oí a alguien gritarle a un amigo que le apartara un lugar, reparé en mi error. Estaba yo y mi alma. Me había dado tanta prisa en llegar al comedor que no había pensado con la cabeza. Si a primera hora hubiera coincidido con alguien en el baño, si me hubie-

Estrellas fugaces

ra sumido en el barullo en lugar de evitarlo, a lo mejor ahora tendría compañía. Pero ahí estaba yo, sin saber siquiera quiénes dormían en mi misma planta. Me acercaba deprisa al principio de la fila y ni siquiera contaba con un mísero celular tras el que escudarme del desastre de no saber dónde sentarme en un comedor abarrotado.

Estaba pensando que había metido la pata hasta el fondo cuando la nutricionista miró mi bandeja frunciendo el ceño, como si hubiera elegido esos cereales y no otros adrede para decepcionarla.

—¿Nada más? —me preguntó.

—No tengo mucha hambre.

Nunca tenía hambre por las mañanas; a mi apetito le gustaba dormir hasta mediodía.

—No te puedo dar el visto bueno —me espetó, como si esperara más de mí—. Si estás demasiado indispuerto para desayunar como Dios manda, deberías haber pasado por la enfermería antes de acudir al comedor.

Demasiado indispuerto. Trágame, tierra.

—Acabo de llegar —expliqué, medio desesperado—. No lo sabía.

Eché un vistazo hacia atrás, consciente para mi horror de que la fila se había atascado por mi culpa. Gran entrada triunfal. No sabía que fuera posible equivocarse de desayuno.

En realidad, debería haberlo sabido. Grant debería haberme dicho.

—Vuelve atrás y añade proteínas. O te pondré una falta.

Me fulminó con la mirada, toda ella labios fruncidos y piel quemada por el sol, esperando.

La idea de retroceder hasta el final de la fila, a la vista de todo el mundo, me puso los pelos de punta. No podía hablar en serio. Pero, por lo visto, sí.

—¿Y bien? —insistió la nutricionista.

Me habría gustado ser el típico tipo que se avienta una falta, sea lo que sea eso, con la cabeza bien alta, sólo para demostrar que era capaz de desafiar al sistema. Por desgracia, yo no era de éstos. Todavía no, al menos. Era de los que agachan la cabeza y sacan buenas calificaciones. Cuando el timbrazo de aviso retumbaba en los pasillos, apuraba el paso. Cuando repartían la plantilla de respuestas de un examen tipo test, sacaba un segundo lápiz del número dos, por si las moscas. Así pues, aunque todos me estaban mirando, respiré profundamente y volví a formarme.



—Brutal —me dijo el chico que tenía delante. Era de mi edad, un chavo grandote de rasgos indios que lucía unos lentes pasados de moda y una desordenada mata de pelo negro. Aunque sólo eran las ocho de la mañana, rezumaba energía nerviosa—. Pocos pueden presumir de haberla regado con el desayuno el primer día.

—No hice la tarea —repuse—. Es que tengo demasiadas cosas entre manos.

Él captó la broma y sonrió.

—No las suficientes, por lo que parece —dijo—. Soy Nikhil. Todos me llaman Nick.

—Lane.

—Muy bien, Lane —prosiguió—. Te voy a explicar cómo funciona esto. Hay que escoger algo de cada grupo alimenti-

Estrellas fugaces

cio. No hace falta que te lo comas todo. Güey, tú construye el Coliseo a base de huevos y pan, si quieres, pero se agarran platos llenos y se devuelven vacíos.

—¿Y eso no estropea el papel de la nutricionista? —pregunté.

—Exacto. Ése es el propósito del plan.

—¿Tenemos un plan?

—Claro. Porque nuestra querida Linda te dijo que volvieras por más, pero no especificó qué cantidad.

De inmediato, comprendí lo que se proponía.

—No, no —dije—. Yo, en realidad...

—Pareces muerto de hambre, Lane.

Nick sonreía con ganas mientras colocaba un plato de huevos revueltos en mi bandeja. Antes de que yo pudiera protestar, añadió unos cuantos huevos duros a los revueltos.

Miré mi bandeja. El daño ya estaba hecho. Me la había dado con huevos. Así que, azuzado por Nick, añadí un montón de rebanadas de pan.

—Perfecto —aprobó—. ¿Qué tal un panqué?

Tomó una bandeja entera, que me ofreció con una reverencia.

—Mejor dos —propuse yo.

Llevábamos recorrida la mitad del bufet cuando la fila se atascó otra vez.

—¿Me quieres tomar el pelo? —se molestó la nutricionista.

La fila entera alargó el cuello para ver lo que estaba pasando. La culpable del revuelo era una rubia bajita que llevaba una coleta mal peinada. Sobre su bandeja, con cierto aire de grandeza, reposaba una taza de té y nada más.

—Pues ponme una falta —replicó la chica. Sonó a desafío.

—Vuelve a la fila.

—Tú y yo sabemos que no hay tiempo para discusiones —insistió la rubia.

Era verdad. Sólo teníamos veinte minutos de margen antes de que empezaran las clases.

—Se me está enfriando el té. Si no te importa... —dijo la chica.

Alargó la muñeca en la que llevaba la pulsera de hule negro, como desafiando a la nutricionista a que se la escaneara. En el comedor no se oía ni una mosca. Todos estábamos pendientes de la reacción de Linda.

La nutricionista escaneó la pulsera y tecleó con furia en su terminal.

—Es la segunda falta de este mes, Sadie —le advirtió.

—Úchala. ¿Y qué harán cuando lleve tres? ¿Me van a expulsar? —replicó la otra entre risas.

Abandonó la fila con aire victorioso, exhibiendo la taza de té como si fuera un trofeo. Cuando echó a andar hacia las mesas, pude por fin observarla a mis anchas. Era una de esas chicas que consiguen estar guapas incluso recién levantadas. Lucía una cola de caballo alta, seguramente la misma que llevaba la noche anterior, y un suéter que le dejaba un hombro al descubierto. Sus labios, pintados de rojo, esbozaban una mueca burlona y, pese a todo, parecía la última persona del mundo capaz de crear problemas en una cafetería un lunes por la mañana.

Sin embargo, no era eso lo que atraía mi mirada. Aquella chica se me hacía muy conocida. Estaba convencido de que la

Estrellas fugaces

había visto en alguna otra parte, de que ya la conocía. Y entonces me di cuenta de que así era. En el campamento Griffith, hacía cuatro años. Aquellas horribles colonias en el bosque de Los Padres a las que me había enviado mi familia cuando yo era más chico para poder largarse de vacaciones sin mí.

— Bueno, ése es el plan B —dijo Nick, interrumpiendo así el hilo de mis pensamientos.

Me di cuenta, con retraso, de que se refería a Sadie.

— ¿Y no la castigarán? —pregunté.

— Pues claro que sí —replicó Nick—. Pero a Sadie sólo la castigan cuando le da la gana.

No entendí lo que quería decir y estuve a punto de preguntárselo, pero ya habíamos llegado al principio de la fila.

— Mira, Linda. Esta mañana te dibujé un Picasso —dijo Nick con una sonrisita socarrona al tiempo que le mostraba su bandeja a la nutricionista. Había dispuesto una salchicha, dos huevos y un hotcake de tal modo que recordaran inconfundiblemente a un pene.

Me dieron el visto bueno con idéntico gesto de asco que a él, y a punto estaba de seguir a Nick a su mesa cuando me despidió con la barbilla diciendo:

— Querrás reunirte con tu guía y patearle el culo por no haberte explicado lo de los grupos de alimentos, ¿no?

— Algo así —musité.

— Bien, pues nos vemos.

Antes de que pudiera responderle, se había ido.

Me quedé allí, solo y abandonado, haciendo esfuerzos por no hundirme en la miseria mientras ese desayuno, que no se me antojaba nada, hacía equilibrios en la bandeja. La esca-

sez de luz del comedor, unida a los revestimientos de madera y a las lámparas de latón, aniquilaba cualquier sentido del tiempo. Las mesas eran pequeñas y redondas. Con seis sillas alrededor, como un triste remedo de la corte del rey Arturo. Cuánto añoraba la prepa Harbor, con sus palmeras, sus bocadillos envueltos con plástico y aquel pequeño patio pegado al laboratorio en el que nos reuníamos mis amigos y yo.

Éramos el grupo de los nerds, marginados pero aceptables. Lo bastante populares como para representar a diplomáticos en el Modelo ONU, pero no tanto como para ser invitados a formar parte del consejo estudiantil. Por lo general, mi novia y yo cotejábamos las respuestas de las tareas y nos pasábamos un refresco enlatado mientras nos comíamos el almuerzo. Nuestro grupo no estaba tan unido como para vernos después de clase en casa de éste o de aquél, pero jamás me sentí relegado.

Vi a Nick acercarse a la mesa de Sadie y mostrarles a todos su artístico desayuno con una exagerada pose que arrancó carcajadas a los demás. Comprendí que no se había llenado la bandeja de..., bueno, comida basura para fastidiar a la nutricionista. Lo había hecho para hacer reír a sus amigos. Quedaban dos sitios libres en aquella mesa, pero Nick no me había invitado a acompañarlos y, de todos modos, seguro que pertenecían a dos personas que aún seguían en la fila.

Albergaba la esperanza de que mi guía fantasma me viera allí plantado y me llamara a su mesa por gestos para saludarme y balbucear una disculpa, pero no tuve tanta suerte. Los dos desayunos y medio de mi bandeja se estaban tornando pesados y tenía que dejarlos en alguna parte. Así que respiré pro-

Estrellas fugaces

fundamente y me encaminé al fondo del comedor como si supiera adónde me dirigía.



Me senté en la primera silla que encontré, en una mesa con cuatro asientos libres en la que dos chicos jugaban una partida de ajedrez con un tablero de viaje. Parecían muy concentrados, enfrascados en su propio mundo. Suspiré y añadí al cereal toda la leche del cartón en lugar de buscar la proporción justa. Las bolitas se quedaron flotando, cabeceando en medio del líquido como botes salvavidas vacíos.

—Hola. Soy Genevieve. ¿Eres nuevo? —me preguntó una chica mientras se sentaba a mi lado. Su sonrisa era amistosa, pero esa combinación de pecas, cola de caballo y dientes grandes me hizo sospechar que había pasado buena parte de su vida entre caballos.

—Primer día —asentí.

—Esto te va a encantar —me prometió—. ¿En qué residencia estás?

—¿En la número seis? —titubeé.

—¡Igual que John! —exclamó, como si fuera la mayor coincidencia del mundo—. Es mi novio; llegará enseguida. Hoy la fila avanza a paso de tortuga.

Me había equivocado de mesa. Lo supe entonces, en cuanto la chica me presentó a John, un chico devastado por el acné, y a Tim y a Chris, los dos jugadores de ajedrez, que no estaban solos, como yo había supuesto erróneamente, sino esperando a sus amigos.

—¿De verdad te vas a comer todo eso? —me preguntó John mirando mi bandeja.

—Es una broma —expliqué desanimado—. La nutricionista dijo...

—Uf, será mejor que no la hagas enojar —me advirtió Genevieve—. Te pondrá una falta, y si acumulas tres en un mismo mes, te prohibirán asistir al evento.

—¿El evento? —pregunté.

—¿Tu guía no te explicó nada o qué? —se extrañó la chica.

—La verdad es que no —repuse yo, sin entrar en detalles.

—Ah. Verás, cada mes se organiza una actividad especial —aclaró.

—Creo que este mes será baile en línea —apuntó John, sin ningún entusiasmo.

Resoplé con desdén. Ahora entendía por qué Sadie había hecho rabiarse a la nutricionista. Yo había supuesto que la castigarían con horas de estudio, tareas extra o cualquier otro castigo típico, no que la dispensarían de hacer el ridículo al ritmo de Cotton-Eye Joe. Además, Nick me había aclarado que ella sólo se metía en líos cuando quería.

Entusiasmada, Genevieve procedió a describirme en qué consistía el baile en línea, por si yo aún no tenía del todo claro que preferiría mil veces ir al dentista. Sonreí y asentí, pensando al mismo tiempo que habría dado cualquier cosa por poder desayunar en paz. Pero era yo el que se había sentado a su mesa y ellos sólo estaban siendo amables.

Y, por horribles que fueran, podría haber escogido una mesa aún peor si cabe, a juzgar por lo que veía a mi alrededor. El grupo de mi izquierda estaba como alelado, y yo no estaba

Estrellas fugaces

seguro de si sólo eran zombis matutinos o si su mirada vidriosa era permanente. Y, a mi derecha, había una mesa de chicas dedicadas a fulminar con la mirada sus huevos revueltos, como para dejar bien claro que “ya no se hablaban”.

Eché un vistazo al fondo del comedor, hacia la mesa de Nick y Sadie. Emanaban una energía magnética que se percibía incluso desde la periferia, donde se encontraba mi asiento. No sabía cómo etiquetarlos; la clásica jerarquía social de las escuelas no se aplica en un centro como Latham. Eran cuatro y se reían hasta por los codos. Nick había pinchado la salchicha con el tenedor y, sosteniéndola a modo de batuta, la agitaba lenta y deliberadamente.

A mi lado, Genevieve empezó a toser. Tomó la primera servilleta que vio para taparse la boca.

—Perdón —se disculpó—. El jugo de naranja tiene pulpa.

—¿Te encuentras bien, ratoncita? —le preguntó John a la par que le frotaba la espalda.

Chin, aquella mesa era de lo más emocionante. Sin embargo, el ataque de tos de Genevieve hizo que me percatara de que, entre el murmullo de las conversaciones, el ruido de los cubiertos y el roce de las sillas, en el comedor resonaba un coro de toses. La enfermedad hecha sinfonía.

Eché un segundo vistazo a la mesa de Sadie y, en efecto, de eso era de lo que se reían. Nick, armado con su salchicha, estaba dirigiendo la orquesta de toses.



Afortunadamente, todas las aulas estaban en ese mismo edificio, así que encontré el camino a Literatura Inglesa sin demasiadas dificultades. Era una sala muy amplia, con las paredes revestidas de madera y enormes ventanales, parecida a un atrio. Albergaba un pizarrón anticuado y veinte pupitres.

Veinte. Yo estaba acostumbrado a los pizarrones INTE-
LIGENTES. A los casilleros. A la prepa pública. Y adiviné en cuanto lo vi que el señor Holder, un tipo de calva incipiente perdido en un saco deforme de lana, no había pisado una escuela pública en su vida.

—¿Sí? —me preguntó cuando me vio dudando en el umbral. No sabía si los asientos ya estarían asignados.

—Soy Lane Rosen —me presenté—. El nuevo.

—Bienvenido a la rotación —repuso, en tono sombrío—. Siéntese junto al señor Carrow.

Señaló a un chico con cara de pocos amigos que ocupaba un sitio en la primera fila. Me senté y saqué una libreta y un lápiz. Holder me plantó en el pupitre un ejemplar de *Grandes esperanzas* y un dossier de fotocopias.

—Lea un capítulo, responda las preguntas. Así sucesivamente. Cuando haya terminado, le indicaré el tema para su ensayo —me instruyó, y luego se alejó.

Me quedé mirando los papeles del pupitre. A mi alrededor, los alumnos se pusieron manos a la obra. A algunos les habían tocado otros libros. Reconocí *El señor de las moscas*, *Moby Dick* y *Fiesta*. Suspiré y abrí el dossier para echar un vistazo a las preguntas. Así sabría qué respuestas buscar según iba leyendo,

Estrellas fugaces

un truco que aprendí mientras preparaba los exámenes de ingreso.

Cuando la clase concluyó, Holder dijo:

—Nos vemos el miércoles.

Todo el mundo empezó a recoger sus cosas. Yo iba a la mitad del segundo capítulo.

—¿Cómo? —me extrañé, mirando al chico que se sentaba a mi lado—. ¿No nos deja tarea?

—Muy bueno.

Se rio entre dientes, como si yo acabara de hacer un chiste.

En clase de Historia nos pusieron un documental sobre la peste negra y nos pidieron que contestáramos un cuestionario. La profesora ni siquiera se quedó en el aula. Al ver que se iba, supuse que estallaría el caos, pero todos permanecieron como si nada, con los ojos clavados en la pantalla, salvo un par de chavos que se durmieron con la cabeza apoyada en el pupitre.

A la hora de almorzar, repetí mesa. No me emocionaba para nada, pero Genevieve hacía fila dos puestos detrás de mí, así que no pude zafarme. Tenía la esperanza de que mi misterioso guía hubiera dado conmigo a esas alturas, pero no tuve suerte. Notaba cómo la rutina se iba apoderando de mí, y maldije la hora en que había llegado.

No quería estar en Latham. No quería acostumbrarme a las comidas supervisadas ni a los profesores que me evitaban. Quería asistir a Historia Europea Avanzada, a la clase del señor Verma, que decoraba el aula con portadas de periódicos viejos y nos traía pizza los viernes de examen.

Lane, un chico decidido a llegar lejos, siempre ha vivido pensando en el mañana... hasta que le diagnostican una enfermedad incurable. De un día para otro, es internado en Latham, un centro para adolescentes en cuarentena. Allí se reencontrará con Sadie, una chica fascinante y atrevida que sigue ofendida por un desplante que él le hizo años atrás (cuando Sadie era una chica más bien aburrída). Ella y sus excéntricos amigos le enseñarán a Lane a saltarse las reglas y vivir el momento, pero ¿qué te queda cuando no tienes tiempo? En Latham, Lane descubrirá el amor, las ganas de vivir y puede que hasta el milagro de una segunda oportunidad.

“Una novela que hace eco de John Green, con tintes de tristeza, travesuras, humor irónico y reflexiones de vida en la misma proporción.” *Booklist*



REINVÉNTATE porque al final todos
somos estrellas fugaces

ISBN 978-607-314-543-5



9 786073 145435

www.megustaleer.com.mx

 /megustaleermexico
 @megustaleermex

ALFAGUARA
